

Vivimos en el siglo de la ciencia y, por tanto, de las matemáticas. La era nuclear exige cerebros de computadora electrónica, que más que ideas tengan ecuaciones, teoremas, cálculos infinitesimales, alta trigonometría, logaritmos, etcétera. El teatro ha pugnado siempre por estar al día, por marchar con su época, por reflejar el medio ambiente y las costumbres de cada “momento histórico”. El teatro en México no podía ser menos, y se ha dado cuenta, hasta ahora, de que el elemento privativo en el mundo entero son las matemáticas, y ha querido ponerse a tono con ellas. Sólo que, dada su pequeñez y su escaso nivel mental, por más cursos que ha tomado, algunos por correspondencia, apenas ha llegado a dominar . . . la aritmética. Sin embargo, es ya un paso adelante y no debemos pedirle demasiado.

Comenzó su modernización aritmética con una suma elemental: $2 + 8$, pero el pobre no pudo resolverla, ya que en lugar de anunciar victoriosamente: $2 + 8 = 10$, disfrazó su ignorancia con el snobismo y puso $2 + 8$ en *Pop*, resultado que nadie entendió, pero que se guardó muy bien de declararlo. Más tarde, un joven autor para quien Chaplin es un aprendiz de sirviente, puesto que él lo ha superado al producir, escribir, componer música, diseñar escenografía, dirigir y actuar, todo al mismo tiempo, principió intercalando con timidez una cifra en su primera creación dramática: *Luna de miel para 10*, y terminó su carrera quemándose más que un bonzo budista con unas *Fascinadoras 66*, en las que no se sabía si ese número indicaba el año de alguna centuria o periodo geológico, o si era publicidad de un unguento para los barros y espinillas. Inmediatamente después, una señora llegada de la provincia industrial por excelencia, en donde se piensa sólo a base de cuentas y de signos de pesos, no quiso ser inferior a sus paisanos, y colocó la aritmética en el teatro clásico añadiéndole al indefenso y tímido príncipe de Dinamarca un enorme y descarado número 9, que debió ser 11 y se quedó en 0. También la mencionada señora bautizó a su compañía con guarismos después de una palabra en griego, así: *Skene 66*, pero volvió a equivocarse, ya que debió ser *Skene*, Sigma XI, o algo

parecido para lograr un mayor acercamiento histórico y lingüístico. Claro que si no tuvo respeto por el pobre de don William Shakespeare, no tenía por qué sentirlo hacia la lengua griega. Y de este modo llegamos a la más reciente avanzada de la numeración en los campos teatrales: *Los 15 en Calígula*. Con semejantes antecedentes, pronto veremos, con más naturalidad que al Pájaro Madrugador, títulos como los que siguen: 14×14 en *Lisistrata*, *Clitemnestra - Agamenon = Egistro*, $8 + 6$ para *La discreta enamorada*, $Celes \times 7 = a$ *Tina, a dividido entre b^2 xc^3* en *La vida es un sueño matemático*. Y nos parecerá muy bien, porque el teatro debe estar siempre a la vanguardia.

Fernando Cuéllar, el director de *Los 15 en Calígula*, no se limitó a esta elemental cifra en su título, sino que se remontó a las misteriosas regiones del espacio, para ir más acorde con nuestra época, y dirigió los movimientos de sus actores en círculos para como él mismo dice en el programa, “recordar las trayectorias de cuerpos celestes o moleculares”. Más que una función teatral, era una excursión astronómica en la que veríamos planetas, acrolitos, cometas, satélites, y estudiaríamos sus trayectorias. Que en lugar de todo lo anterior nos haya parecido que los actores jugaban a Naranja Dulce o a Doña Blanca, no es culpa del director sideral, sino de nuestra roma y obvia inteligencia. Y continúa el discípulo de Einstein explicando en el programa que el vestuario era “una abstracción sobre los lincamientos grecorromanos”. Tampoco es su culpa que las togas que usaron los actores nos parecieran capas de Supermán, o quizás en esto sí hayamos acertado, y sea dicha abstracción un simbolismo de la ola ‘Batmánica’ que nos ahoga. La música de fondo en este Calígula de a quince, es a base de “respiración rítmica de diversos estados anímicos”; mucho le hubiésemos agradecido al director que fuese más explícito y nos dijese cuáles y cuántos son esos estados anímicos, pues no logramos diferenciar los matices de una constante sucesión de bufidos y resoplidos que sólo parecían indicar fuertes ataques de asma o estertores de ahogados en Acapulco.

Los jóvenes actores cumplen con el fin que se proponían, o sea aprender a estar en un escenario ante un público, ya que todos ellos son estudiantes de teatro, pero entre tantas cosas que no entendimos sobresale el haber encomendado el personaje de Ce-

sonia a una señora que podía ser la abuelita de Calígula, y que hablaba en un idioma incomprensible, posiblemente idioma del espacio exterior, inspirado en las señales del universo que se reciben de cuando en cuando, y que son enviadas por criaturas de lejanos mundos, que tratan de comunicarse con nosotros para enseñarnos a hacer teatro.

24 de julio de 1966

JUVENTUD Y POLILLA O LA ZARZUELA *versus* EL BULE BULE

Un día Federico García Lorca hizo esta confesión a sus amigos más íntimos: “No se lo digan a nadie, pero adoro la mala música”, y don Tomás Rodríguez Rubí, famoso autor dramático español del siglo xx, en su lecho de muerte alcanzó a liberarse de un sentimiento que había permanecido oculto durante toda su vida cuando exclamó: “¡Me carga el Dante!” Cada persona tiene un gusto especial por algo mediocre o malo, y cada persona tiene también una antipatía por algo que es muy bueno. Sin pretender compararme con los dos autores citados, y sólo para descargo de lo que sigue y para los fines de este artículo, me veo obligado a confesar mis antipatías y mis simpatías: Me carga Debussy y me gusta la zarzuela. Con semejante declaración, más de un amigo va a hablar de mí en términos despectivos y más de un actor al que he atacado en mis crónicas va a explicarse por qué en ocasiones no entiendo las puestas en escena que quieren ser muy modernas. Es posible que tengan razón.

Me gusta la zarzuela porque he estudiado a fondo el teatro en el siglo xix y acabé por encariñarme del romanticismo, del naturalismo, de la ópera, del cancán, de la opereta y, por fin, de la zarzuela. Un género que hizo llenar todos los teatros de los países de habla española durante más de cincuenta años, que fue el espectáculo favorito de todas las clases sociales —como ahora el cine—, algo ha de tener. Desgraciadamente, pertenece al pasado inmediato, al que cada época ve con desprecio, y tienen